

TARTAJA Y
PANDURO.

SEUDÓNIMO:
HORCAGETA.

No sé cómo comenzar esta bonita historia amigos; ya que lo que en realidad les quiero contar no es mi vida, sino la de un amigo muy especial: Panduro.

Tanto mi amigo panduro como yo, nacimos en un pueblo muy pequeño llamado Floreajo de Santiago. Un pueblo situado creceno al centro de la península, a los lomos de una ladra y rodeado de dos pequeños ríos.

No les puede extrañar, y es fácil de adivinar, que éramos dos niños pobres, ya que nuestros padres trabajaban en el campo, y créanme, el campo no daba por aquel entonces muchas satisfacciones económicas, sino todo lo contrario: mucho trabajo, sudores y calamidades.

También, en aquella época, nuestros padres tenían bastantes hijos, lo que suponía un enorme esfuerzo mantener familias tan numerosas. De media, las familias tenían 3 o más hijos, y el sueldo que recibían nuestros padres era tan pequeño, que cuando éramos un poquito mayores, nos enviaban al campo a trabajar para echar una mano a la economía doméstica.

Esto era lo común en casi todas las familias de nuestro pueblo, aunque tengo que decir que, también había familias adineradas con muchas tierras, animales domésticos de donde conseguir alimentos y por tanto más y mejores posibilidades de traer dinero y bienestar a sus casas.

Todavía no les he contado por qué me llaman Tartaja; bueno, en realidad, me llamo José. El apodo Tartaja me lo han puesto los niños de mi pueblo porque apenas puedo hablar, y como aquí todo el mundo tiene apodos, o mote como les llamamos, no iba yo a ser menos; el mote que mejor me podía identificar era Tartaja. A mi amigo sin embargo, le llamaban Panduro, no por algo en especial, sino porque se apellidaba así.

Su nombre verdadero era Lorenzo, pero este apodo nos hubiera venido bien a todos, ya que encontrar pan tierno en una casa como las nuestras era muy complicado. Nuestras madres guardaban siempre el pan que sobraba y nos lo comíamos al día siguiente o a los dos o tres días. El pan era un bien escaso en la mayoría de hogares de nuestro pueblo.

Aunque mi pueblo era pequeño; tenía por aquel entonces unos 550 vecinos, había un hospital pequeño y también escuela. Fue allí donde empecé a hacer amistad con Panduro.

yo era un mal estudiante. Aparte de no saber hablar bien, me pasaba la mitad de los días trabajando en el campo.

Sin embargo, mi amigo sí lo era. Además era muy curioso y quería saberlo todo.

Muchas veces el maestro se quedaba asombrado por las cosas que le preguntaba. A la vez, sentía curiosidad por temas, que el maestro no podía ni imaginar. Y no sólo eso, sino que en los recreos, en vez de jugar con los niños a la péndola, a la taba, a los juzgos de escondite, o a cualquier cosa que se nos ocurriese, él se sentaba en algún rincón del patio de tierra que teníamos en la escuela, y miraba sin cesar al cielo.

Yo me preguntaba siempre que le pasaría por la cabeza a mi amigo. Todos los niños estábamos deseando abandonar la dichosa enciclopedia, la fría clase, los duros pupitres y los lapiceros tan desastrosos que teníamos, mientras que él se sentía cómodo en clase. En los recreos su mente y su cabeza estaban en otro sitio.

Sinceramente no le entendía, no era como los demás.

Cuando salíamos de la escuela, tampoco seguía las costumbres de los demás niños. En vez de irse con el resto de compañeros a jugar con aquellas terribles pelotas de goma a medio desinflar a alguna de las numerosas eras que rodeaban el lugar, Panduro se iba de paseo a lo alto de los numerosos cerros que rodean nuestro pueblo a observar y pensar.

Pero una cosa me llamaba mucho la atención: en innumerables ocasiones, mi amigo panduro se preguntaba el porqué de mi dificultad al hablar. Él sentía la curiosidad de saber por qué yo no hablaba como los demás.

También me sorprendía mucho que siempre tuviera en mente, el hecho de que las niñas no estuvieran con nosotros en la misma clase, ni en el mismo recreo. Pensaba que lo mejor sería, que tanto los niños como las niñas compartiesen juntos el mismo lugar.

Sus padres, Juan e Inés al ver que no era como sus dos hermanos, Tomás y Gabriel, pensaron en enviarlo a algún lugar donde poder estudiar y desarrollar su mente tan privilegiada.

Fue en el año 1749, a la edad de 14 años, cuando ingresó primero en el seminario de Villarajo de fuentes, y más tarde en el Noviciado Jesuíta de Madrid. La verdad, no porque él quería ser cura, fraile o qué se yo, sino que por aquel entonces, de los pocos sitios donde se podía estudiar era en

colegios o instituciones de la iglesia. La iglesia, copaba la mayor parte de la cultura existente en nuestros pueblos y ciudades.

Más tarde, ingresó en la Universidad de Alcalá de Henares, donde estudio todo tipo de ciencias relacionadas con las lenguas y las humanidades.

También estudió matemáticas y astronomía.

Esto era en realidad, lo que más le gustaba. Ya comprendía yo el porqué de sus innumerables sentadas en la tierra de la escuela, y en los cerros mirando las estrellas, la Luna, el Sol y todo lo que veía a su alrededor.

Yo en cambio, miraba el Sol todos los días, no por curiosidad como él, sino para que se alejara en el horizonte cuanto antes mejor, ya que esto suponía el fin de mi agotadora y dura jornada laboral en el campo.

Mis días eran una mera rutina: la tierra, las mulas, el arado, el azadón... sin embargo, mi amigo Panduro seguía estudiando y asombrando a todos. Con el paso del tiempo ya supo casi todo el mundo quien era Lorenzo Hervás y Panduro.

Su capacidad e interés por el aprendizaje era algo que sólo estaba al alcance de mentes privilegiadas, y la de panduro lo era.

En 1760 se ordenó sacerdote, pero yo erzo que lo hizo, no porque fuera su vocación principal, sino porque dentro de la iglesia, y siendo jesuita el conocimiento y el saber estarían más cercanos, ya que estudiar era lo que más le gustaba.

También viajar, enseñar y conocer gente nueva.

En sus primeros años tras su paso por la universidad trabajó de profesor de latín en Cáceres, de maestro de filosofía en Murcia y de director del seminario de Nobles de Madrid.

Sin embargo, a pesar de su ajetreada vida, y de ser una persona de bien, tuvo que abandonar España, ya que por aquel entonces el Rey Carlos III, expulsó del país a todos los jesuitas.

En 1763 marchó a Italia. Yo me entristecí mucho pensando en la suerte que correría mi amigo Panduro en un país extranjero. Pero lejos de preocuparse él por su salida, pensó que le vendría bien un país como Italia.

Eligió bien el destino, no sólo por ser sacerdote, sino porque en la capital italiana se encuentra la sede principal de la iglesia y por aquel entonces allí se concentraba la mayoría del saber europeo.

Yo sin embargo, cumplidos los 25 años, me casé con una chica llamada inmaculada. No era de extrañar que se llamara así, porque el nombre más utilizado en mi pueblo era ese, en honor a nuestra Patrona.

Tuve 4 hijos: dos hembras y dos varones, y pude mantenerlos bien, gracias a que me ascendieron, pese a mi deficiencia oratoria magoral en la casa donde trabajaba. Y además, mi amo me dejó unas tierras que yo podía trabajar en mi propio beneficio. Se podía decir que yo también fui un privilegiado de mi época.

Panduro, lejos de entristecerse y caer en depresión por su salida de España, aprovechaba el tiempo en el Vaticano y se empezó a interesar por las distintas lenguas del mundo.

La verdad es que estaba un poco loco; erzo que todos los genios deben de estarlo. .. Matemáticas, filosofía, astronomía y ahora lenguas. Yo me preguntaba de dónde sacaría tanto tiempo para estudiar, trabajar, rezar, escribir libros, atender sus obligaciones como Jesuíta; cuando a mi me dolía la cabeza y me mareaba, por el simple hecho, de llevar el control diario de los jornaleros que tenía a mi cargo, de llevar las anotaciones de las cosechas o de oír de vez en cuando las voces o los gritos de mi amo, de su mujer o de alguno de sus hijos, que eran unos auténticos señoritos que no sabían hacer gran cosa en el campo, sino vivir a la sopa boba como aquí llamamos.

Durante su estancia en Italia, vivió en Forlì, más tarde en Cesena, donde imprimió su primera obra acerca de las condiciones de vida de la ciudad, e incluso hizo planes de viviendas para los más necesitados. Eran las llamadas barriadas para los pobres. Casas de planta baja con las necesarias condiciones de vida para los más necesitados y apoyadas con dinero público.

En 1783 se trasladó a Roma. Allí trabajó de bibliotecario a las órdenes del Papa. Fue allí en Roma donde más prolífero fue su trabajo y donde escribió su principal obra: "Catálogo de las Lenguas".

El seguía y seguía investigando las diferentes lenguas, comparando su gramática, escribiendo más y mejores libros, pero: ¡cuál fue mi sorpresa, al saber que también se interesó por el estudio de los sordomudos!

Recordé entonces las innumerables preguntas que se hacía conmigo, y su interés por saber el porqué de mi deficiencia.

Ingresó en la escuela de sordomudos de Tommaso Silvestri donde investigó a fondo todo lo que por aquel entonces se había publicado, tanto en Francia, como en Italia en relación a los sordomudos. Allí comprendió que la mayoría de los problemas de las personas mudas tenían relación con la sordera y no sólo investigaba, sino que publicó los diferentes estudios de sordomudos que se habían realizado con anterioridad en Francia y más tarde en Italia. Los ordenó y escribió nuevos libros en base a los ya existentes traduciendo todos al español.

La verdad es que mi amigo no paraba de escribir. Yo no podría decirles cuántos libros escribió. Me cuentan que fueron muchísimos. Yo no sé decirlos todos, porque como saben mi cabeza sólo sirve para llevar las duras y difíciles tareas del campo, y mantener y dar cariño a mi familia. Aunque eso sí, con buen hacer y con dignidad, que gracias a Dios y a mi trabajo me he ganado.

Un día, mi amo me despertó por sorpresa de madrugada. Yo pensé que algo malo a su familia le habría ocurrido. Él nunca hacía eso, ni en los días que se retrasaba mi salida al campo vistiéndolo las mulas y preparando el atuendo para la jornada.

Lejos de entristecerme, me alegré al contarme mi señor, un Real Decreto del Rey Carlos IV, en el que se autorizaba la vuelta a España de los Jesuitas que estaban exiliados. Era el año 1798.

Mi alegría fue inmensa, ya que pensaba que de nuevo podría ver a mi amigo Panduro. No sólo estaba contento yo, sino todos los niños de nuestra edad, que habíamos compartido con él pupitre y andanzas de niñez. También el resto de habitantes de nuestro pueblo, que por aquel entonces, ya conocían la maravillosa y laboriosa vida de nuestro pascano.

Mi amigo Panduro no vino directamente al pueblo a visitarnos, sino que desembarcó en 1799 en Barcelona. Allí se llevó una agradable sorpresa, ya que conoció al sabio presbítero D. Juan Albert, que había fundado un colegio de sordomudos, en base a unos manuscritos que mi amigo Panduro

había escrito en Italia sobre los niños "anormales". Él encantado, se pasaba casi todos los días visitando la escuela e interesándose por la enseñanza de aquellos niños. A los pocos meses, mi amigo y Albert fundaron la primera Escuela Municipal de sordomudos de Barcelona en el año 1800.

No sólo se dedicó durante su estancia en Barcelona en exclusiva a los sordomudos, sino que tuvo tiempo de investigar y colaborar activamente en el Archivo de la Corona de Aragón y realizar varios estudios.

A finales de ese año mi amigo Panduro, al que toda la gente de la ciencia, la gente del gobierno, y el pueblo en general ya le conocían por el Abate Hervás y Panduro, emprendió camino de Valencia con la idea de visitar su pueblo natal y poder recordar sus primeros años de infancia.

Recuerda que cuando me enteré de la noticia, no podía dejar de saltar, reír e incluso llorar de la emoción. Mis hijos y mi mujer, al verme tan feliz, comprendieron que aquel niño de 14 años que se marchó del pueblo, y al que yo tanto deseaba ver, debía ser alguien especial.

Era un sábado de una mañana calurosa del mes de junio. Yo me encontraba en un paraje del pueblo llamado: "Belmontejo". Un lugar ccreano, que en tiempos antiguos llegó a ser una aldea, con su iglesia, sus casas labriegas y sus edificios públicos. Allí tenía mi amo unas tierras de cultivo muy fértiles, ya que al lado de Belmontejo, hay un río que por aquel entonces llevaba mucha agua y regaba las inmensas tierras de labor de los alrededores.

Yo estaba sentado junto a dos de mis trabajadores, al lado de uno de los empinados árboles de la orilla del río, comiendo unas patatas que yo mismo había guisado.

De repente, y sin esperarlo, algo me llamó la atención: a una media distancia por el camino que va al pueblo, llamado camino de la fuente, vi la silueta de un hombre vestido de negro con una melena rubia alargada que se acreaba hasta donde estábamos nosotros. Yo en un principio no le reconocí, juraría que era un hombre de otras tierras, ya que en nuestro pueblo las melenas y el pelo rubio, destacaban por su ausencia, más bien, el pelo negro, corto, la calvicie ennegrecida y con manchas del Sol predominaban por aquel entonces.

Sin embargo, un sudor frío recorrió mi cuerpo, cuando ese hombre se fue acreando al lugar en el que nos encontrábamos y me miró a la cara. No

tardó mucho mi amigo Panduro, pese a haber pasado tanto tiempo, en reconocermé y yo a él. No sabía si abrazarle, darle la mano, hablarle tartamudando o qué.

Al cabo de unos segundos, cogí impulso y le di un fuerte abrazo. Mis compañeros igual, pero no sabíamos que decirle ninguno.

Habían pasado 50 años sin verle, y mis piernas temblaban al observarlo. Menos mal que el olor de aquellas patatas guisadas al aire libre, su compañía y aquella maravillosa vegetación que nos rodeaba, hicieron que surgiera enseguida una buena y entrañable conversación.

Se nos pasaron las horas hablando y hablando sin parar pese a mis limitaciones, hasta tal punto, que la tarja que teníamos para ese día, la dejamos sin hacer.

Bueno, un amigo no se encuentra todos los días y menos a mi amigo Panduro que llevaba tanto tiempo sin verlo.

Todo esto nos llevó a marcharnos de allí en dirección al pueblo, para seguir charlando ya en compañía de mi mujer, mis hijos, sus hermanos y algunos amigos de la niñez. Sus padres de Panduro ya habían muerto.

El tiempo se nos pasó sin darnos cuenta, hasta darnos las tres de la mañana. Me enseñó durante esas interminables horas de agradable conversación algunas palabras en un lenguaje de signos, que hacía con las manos, que yo no conocía. A esa hora mi amigo Panduro, cansado de tan largo viaje, decidió irse a su casa natal.

Al día siguiente, quedamos para recorrer andando los viejos lugares que conocíamos desde niños, y que mi amigo tanto deseaba ver de nuevo.

En primer lugar, fuimos a recorrer los cerros que rodean el pueblo. Más tarde, a caminar por los distintos caminos ya enseñarle mis tierras y las tierras para el amo que yo trabajo.

Panduro, sin embargo, tenía una curiosidad especial: visitar las ruinas llamadas "Cabeza de Griego" que se encontraban cerca del pueblo de Sagliez. Yo estaba encantado con la idea, así que, al día siguiente, previo permiso de mi amo, comenzamos nuestro camino a la madrugada.

Ya habíamos ido cuando éramos chicos. Está un poco lejos, pero en cuestión de unas pocas horas a paso normal se llega.

¡Qué tonto que fui! Le podía haber solicitado a mi amo permiso para que me prestara dos buenos burros que tenía en la cuadra para poder haber ido más cómodos.

Yo ergí, conociendo a Panduro, que llevaba otra intención aparte de visitar aquellas ruinas. Durante su estancia en Italia, observó los innumerables restos arqueológicos que habían dejado los romanos, y se interesó por su estudio. Pensaba que las ruinas de Cabeza de Griego, se correspondían con la ciudad romana de Segóbriga, y efectivamente, después de alguna visita más y laboriosos estudios confirmaron, su sospecha.

También apreciaba mucho durante esta estancia en el pueblo pasar con el cura del lugar. No es de extrañar, ya que, por aquel entonces, él era abate y un gran teólogo.

Sin embargo, el cura de mi pueblo era una persona humilde y de unos conocimientos muy limitados en relación con el personaje con el que conversaba en sus largos ratos de paseo.

Debido también a que cerca del pueblo se encontraba la casa matriz de la Orden de Santiago que da nombre a nuestro pueblo: el Monasterio de Uclés, Panduro aprovechó el tiempo e imprimió una Descripción del Archivo General de la Corona de Aragón que se encontraba en Barcelona y también, la Noticia General de la Orden Militar de Santiago.

Pese a todo, y tal como dice un refrán popular de mi pueblo: a los pobres las alegrías nos duran poco. El Real Decreto que permitió la vuelta de mi amigo a España fue revocado y Panduro tuvo que exiliarse de nuevo a Italia en el año 1802.

Fueron apenas 20 meses de una vida diferente, cargada de emoción y de compañía, los que estuvimos juntos. Para mi supusieron los días más intensos y emocionantes de mi vida. Mejoré en el habla, supe valorar mucho más el esfuerzo de muchas personas y comprendí que mentes como la de mi amigo eran necesarias para el bien de la humanidad.

En su segundo, y último exilio, fijó su residencia en Roma, allí le nombraron en 1804 por orden del Papa Pío V prefecto de la biblioteca del Palacio del Quirinal.

Más tarde, en 1805 y siempre avanzando en categoría y en sabiduría es nombrado socio emérito de la Sociedad Económica Vascongada. También lo fue de la Real Academia de Ciencias y Antigüedades de Dublín.

Como ven amigos, mi amigo Panduro no perdió el tiempo y tuvo incluso la delicadeza de ordenar todos sus innumerables libros para ponerlos al servicio de los demás.

Desgraciadamente un 24 de agosto del año 1809, la muerte le pilló de sorpresa.

Cuando me enteré de la triste noticia me entristecí mucho. Las pocas palabras que sabía decir se me atragantaron. Yo ya era un anciano viejo y dolorido de tantas y tantas fatigas, que apenas me salían lágrimas para llorar, y sólo pude decir desde la distancia: adiós y gracias por todo Panduro. Mi mente sin embargo, si pudo dar las gracias:

- Gracias amigo por haberte preocupado por aquellos que llamabas anormales entre los que se encuentra un tartamudo como yo.
- Gracias por haberte acordado de dar cobijo a los más necesitados.
- Gracias por haber contribuido con tus estudios al beneficio de la humanidad.
- Gracias por pensar, aún siendo cura, de la igualdad entre hombres y mujeres, tan difícil en esos tiempos.
- Y gracias sobre todo porque tu nombre y el de nuestro bendito pueblo, se haya podido escuchar y nombrar en todos los lugares del mundo.